

Los colonizadores mormones en Chihuahua y Sonora

por el élder **LaMond Tullis**



Estatua de bronce de Benito Juárez en Plaza de las Américas, Chicago EUA. Las reformas liberales de Juárez—*La Reforma*—permitió que misioneros SUD entraran a México en 1875.

Fotografía cortesía de Wally Gobetz y Creative Commons

El gran reformador liberal Benito Juárez dejó un importante legado a los Santos de los Últimos Días, y gracias a esto fue posible que los primeros misioneros vinieran a México. Él había hecho famosa esta frase: “Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”. Quería paz y estado de derecho y por un tiempo México disfrutó de ambos. En 1875 con el país gestando leyes que promovían la libertad religiosa, misioneros mormones partieron a caballo desde el Territorio de Utah con mil quinientas copias de *Trozos Selectos del Libro de Mormón*, entregando en 1876 algunas en Chihuahua y, por correo, enviando unas quinientas a hombres prominentes en todo el país, incluso al centro de México.

Diez años después de que los primeros misioneros repartieran sus *Trozos Selectos*, había pequeñas congregaciones mormonas funcionando ante la mirada del imponente volcán Popocatepetl y en algunos otros lugares. Este crecimiento fue afortunado. Con un posicionamiento en el centro de México y la experiencia y el conocimiento ya adquiridos en Utah para estar a salvo, en 1885 cientos de santos provenientes de poblados mormones en los territorios de Utah y Arizona empezaron a emigrar hacia México. A mediados de mayo, casi cuatrocientos hombres, mujeres, y niños esperaron en la rivera del Río Casas Grandes, Chihuahua, con la esperanza de que las autoridades de la Iglesia pronto pudieran comprar tierras para poder establecerse.



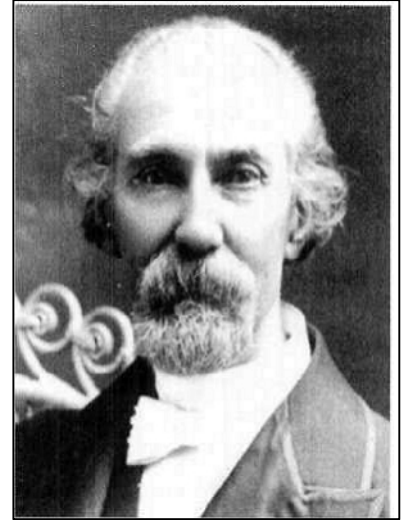
A la avanzada edad de 77 años, el apóstol Erastus Snow ayudó a los colonos a adquirir tierras para establecerse.

Cortesía de los archivos de la Iglesia

Con los vagones de las carretas como casas, los meses transcurrían sin tierra para sembrar y sin ingreso alguno. Con el paso del tiempo, la mayoría de los colonizadores gastaron su dinero y fueron reducidos a la más humillante pobreza. Muchos de ellos en lugar de zapatos usaban sandalias hechas de cuero sin curtir. A veces la enfermedad y los ánimos enardecidos consumían el campamento; sólo había alivio cuando se les recordaba el elevado propósito por el que se estaban sacrificando. Aun así, “con el paso de las estaciones, la esperanza se convirtió en resentimiento y la fe en desánimo”².

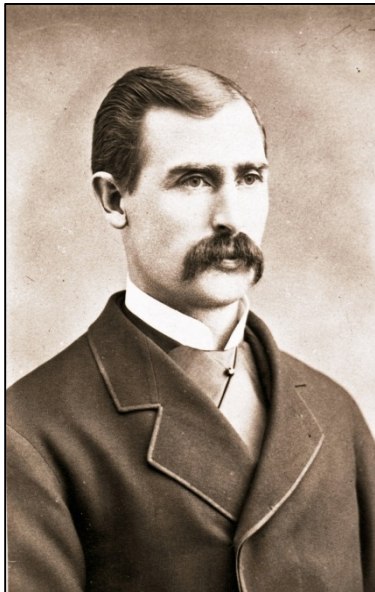
A pesar de todo, en la medida que las implacables semanas pasaban, los colonizadores seguían llegando mientras continuaban las tensas y frustrantes negociaciones. Entre ellos, algunos miembros de la familia de Miles P. Romney, quienes lo alcanzaron en México varios meses después.

Su jornada de Arizona a Chihuahua había sido peligrosa porque atravesaron territorio indio mayormente controlado por el apache Gerónimo. A pesar de eso pudieron traer algunas cosas de valor para ayudar a Romney en el campamento. Él había hecho una construcción de adobe con piso de tierra para que la familia pudiera poner sus precarios muebles que consistían en una mesa formada por dos cajas amarradas, una cama rudimentaria y troncos como sillas. A pesar de la situación, Hannah, la esposa de Romney, dijo: “Estaba agradecida por ello; mis queridos



El apóstol George Teasdale fue el líder del campamento de los Santos mientras trataban de establecerse en Chihuahua en 1885

Fotografía cortesía del Centro de Estudios Religiosos de BYU



El apóstol Moses Thatcher, que en 1879 comenzó la obra misional en la Ciudad de México, ayudó a colonos mormones emigrantes a encontrar terrenos en Chihuahua en 1885.

Fotografía cortesía de los archivos de la Iglesia SUD



El apóstol Brigham Young, Jr. ayudó a los santos emigrantes del Territorio de Utah a establecerse en México.

Fotografía cortesía de Seminarios e Institutos de Religión SUD

hijos y yo nos hallábamos con su padre y podíamos vivir en paz, sin policías que nos molestaran o volvieran a separar”³.

Los lazos familiares eran también fuertes para Eunice Stewart Harris:

Parecía haber sólo dos caminos que podíamos elegir para estar seguros. Uno era viajar a México donde toda la familia podía ir, aunque el futuro financiero no era muy bueno, o dirigirse a Canadá donde sólo un hombre podía ir y vivir en paz los principios por los que juntos nos habíamos sacrificado. Decidimos que él [su esposo Dennison], Annie y Emer deberían ir a México juntos y que yo regresaría a casa [en Payson, Utah], sin decir dónde había estado hasta que estuvieran seguros fuera del país⁴.

Después, Eunice y sus hijos pudieron unirse a los demás en México.

Años más tarde los mormones norteamericanos fueron atraídos a México por los informes de prosperidad y aparente oportunidad ilimitada. Sin embargo, en 1885 había una necesidad apremiante: escapar de la policía federal y salvar a la familia. Algunos de los santos darían su vida, si fuera necesario, para preservar a los suyos.

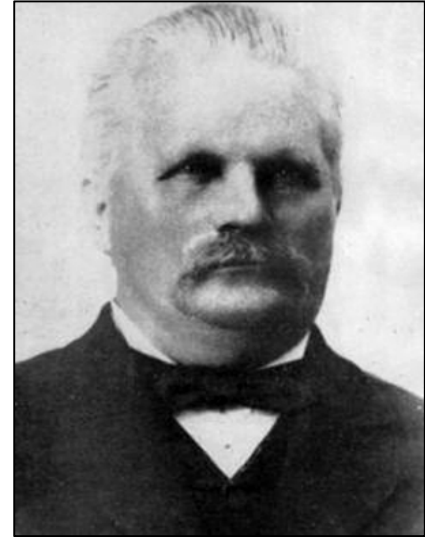
Mientras que las autoridades mexicanas locales eran escépticas y desconfiaban de las intenciones de los mormones y en ocasiones no cooperaban cuando éstos llegaban a la frontera en carretas, ocasionándoles interminables demoras, el gobierno federal les extendía toda la ayuda y protección razonables para ser consistente con su política de colonizar tierras disponibles y promover la inmigración de extranjeros aptos y calificados.

El gobierno central de México incluso revocó una orden de expulsión que había mandado el entonces gobernador de Chihuahua, ya que el Presidente Porfirio Díaz, en particular, tenía afecto por los mormones, en parte quizá, porque consideraba que eran la prueba de que la política de colonización era buena para la economía mexicana.



El Presidente Porfirio Díaz siempre les dio la bienvenida a los santos de Utah y Arizona a México. Pensaba que su presencia beneficiaría económicamente al país.

Fotografía cortesía de www.latinamericanstudies.org



Miles Park Romney, de los primeros santos en entrar a México en 1885, fue un historiador reconocido y presentador de dramas Shakesperianos

En el otoño de 1885, los líderes de la Iglesia finalmente aseguraron tierras, cerca de lo que ahora es la Colonia Juárez. (Después los colonizadores tuvieron que abandonarlas por conflictos que hubo con una hacienda vecina sobre un estudio topográfico). Tanto la Iglesia como los miembros compraron más tierras. A salvo de la policía estadounidense y protegidos por el gobierno federal, los santos se recuperaron de su éxodo más reciente y empezaron otra vez a echar raíces. Para 1912, ya más de cuatro mil personas se habían establecido en las nueve colonias.

A pesar de que las colonias estaban hasta cierto punto social y económicamente unidas y no muy lejos unas de otras, era difícil viajar a menudo hacia ellas por el terreno agreste y los precarios caminos. En particular, las colonias de la montaña estaban apartadas. No obstante todo esto, años después de su fundación se integraron económicamente a través del intercambio de bienes, productos y materiales que cada quien mejor producía. Ya con la irrigación (algunos proyectos siguieron un antiguo canal), los cultivos e industrias afines florecieron en las colonias de Juárez.

rez y Dublán ubicadas en la planicie. Cave Valley, Pacheco, García y Chuichupa, que eran colonias de la montaña, estaban todas situadas en áreas madereras de pino y roble. Las praderas de la montaña eran excelentes para pastoreo y pronto las industrias de la madera y el ganado se desarrollaron juntas. Por su parte, las colonias semitropicales sonorenses de Oaxaca y Morelos, situadas en el Río Bavispe (un afluente del Río Yaqui que desembocaba en el Océano Pacífico), produjeron valiosos productos.

La autopostulación de algunas de las familias más capaces de la Iglesia para participar en esta colonización aseguró que estas comunidades llegaran a ser organizadas, resueltas y sólidas. De hecho, entre 1885 y 1895 seis de los doce apóstoles de la Iglesia vivían en las colonias, la mayoría en la Juárez. Puesto que habían huido de los Estados Unidos por defender su estilo de vida, los colonizadores sólo querían una cosa: preservar ese mismo estilo de vida. Para lograrlo, tenían a sus líderes y las habilidades necesarias.

Por lo tanto, surgió una inclinación natural de permanecer “aislados” política y socialmente (no así en lo económico) del resto de México. Aunque existía la inquietud por convertir a los lamanitas, durante los dos primeros años de las colonias había asuntos más apremiantes, como: preservar la vida; construir casas, escuelas, iglesias y una economía; así como consolidar las comunidades mormonas, de tal forma que sus niños pudieran ubicarse entre los mejores de los santos. No es de extrañar que en las generaciones siguientes, las colonias produjeran un número sorprendente de líderes que llegaron a ser autoridades generales de la Iglesia.



El apóstol Francis M. Lyman presionó mucho para ayudar a que los emigrantes angloamericanos mormones se asentaran con éxito en México

La calma en el ojo del huracán

Habiendo escapado de la furia de la policía de los Estados Unidos y sin enfrentar todavía las amenazas de la revolución mexicana, los santos angloamericanos pudieron establecer un cimiento que más adelante serviría para expandir la Iglesia a todo Latinoamérica, principalmente, a través de la educación de varias generaciones de niños con los principios SUD dentro de su idioma y cultura y quienes posteriormente llevarían el evangelio a toda nación de habla hispana. Sin embargo, en los primeros años pudieron no estar conscientes de esto, ya que de 1887 a 1901 no centraron sus esfuerzos en la obra misional; más bien se enfocaron en fomentar el baluarte cultural y económico de Utah en el norte de México.

La vida en la frontera tenía sus altibajos, los cuales vinieron con la sequía de 1890 y 1891 y las epidemias mortales de viruela y difteria en ese invierno. Debido al aislamiento que tenían y aunado a las noticias de que la persecución en Utah había aminorado gracias al Manifiesto, los santos hicieron las paces con el gobierno de los Estados Unidos en 1890, lo que provocó que muchos colonizadores quisieran regresar a Utah y Arizona. El año 1893 contempló cómo el apóstol Moses Thatcher les rogaba que se quedaran, prometiéndoles bendiciones si lo hacían. La mayoría prestó atención al consejo.

Los colonizadores recibieron grandes recompensas, especialmente en relación con la vida familiar. Los santos veían la familia no sólo como útil conveniente y práctica, sino esencialmente sagrada, un elemento necesario en su percepción del plan divino. Consideraban que las familias

tenían el potencial de ser eternas, pero la única manera de asegurar esa permanencia era participando de las ordenanzas y convenios en el templo y después llevar una vida familiar apropiada. Por lo tanto, muchos padres lucharon incansablemente para mantener a sus familias unidas e intactas.

La frontera forzó a los santos a consagrarse al trabajo en su vida diaria, por lo que desarrollaron una ética laboral prodigiosa. Tuvieron que construir casas, instalar sistemas de irrigación, plantar árboles frutales con la esperanza de cosechar en cinco años, planear comunidades, organizar y operar escuelas, construir capillas, establecer aserraderos, producir energía con agua, atender asuntos espirituales, cuidar al enfermo y al descalzo y enterrar a sus muertos. Debían plantar, cosechar, almacenar y desarrollar comercio con los mexicanos; construir molinos, curtidurías, plantas procesadoras de comida, talabarterías, herrerías y tiendas. La comunidad lo era todo para todos; sin ella no podrían sobrevivir. Con ella, los santos y sus familias tenían la posibilidad de hacerlo.



Joseph Fish dejó por escrito un registro de su éxodo a Chihuahua en 1885
Fotografía cortesía de Kaly Challic y ancestry.com

El alto grado de educación y habilidades técnicas que tenían les era de gran ayuda. Entre los que huyeron a México había granjeros, horticultores, hombres de negocios, maestros y médicos, todos ellos con mucha experiencia. También había aficionados al estudio, la poesía y la música. Miles P. Romney, por ejemplo, sabía de memoria varias tragedias de Shakespeare, había estudiado cuidadosamente y en detalle las campañas militares de Napoleón Bonaparte y Alejandro Magno y era un historiador reconocido. A los cincuenta y cuatro días de su arribo a Juárez, los colonizadores ya habían construido un lugar que funcionaba como escuela en la que la esposa de Romney enseñaba; y antes de que éste quedara terminado, ya trabajaba con ellos en su refugio subterráneo.

Muchos de estos hermanos ya eran líderes experimentados de la Iglesia. En 1885, entre el primer grupo de treinta y cinco hombres que llegó de Arizona, había siete obispos, varios que ya habían servido como obispos y muchos otros prominentes líderes locales de la Iglesia⁵. Para 1892, los pioneros de Juárez habían construido una fábrica donde enlataban su abundante cosecha de huertas y jitomates. Un año más tarde esa fábrica, dirigida por Joseph C. Bentley, un empresario quien más tarde figuró prominentemente en la historia de las colonias, producía diez mil latas de fruta. Hacia el final del siglo los colonizadores incluso entraron al comercio de comida de la Ciudad de México, lo que agradó grandemente a Porfirio Díaz quien, con esto, pensó que los mormones le daban suficientes evidencias para silenciar a sus críticos, pues ¿qué más quería México, aparte de que este pueblo tan productivo y próspero lo colonizara?

Charles W. Kindrich del Departamento de Estado de los Estados Unidos, reportó en 1899 que para llegar a la Colonia Juárez era necesario “atravesar las faldas de las montañas de la Sierra Madre, en un camino que serpenteando se abre paso hasta, de repente avistarla, asentada como un verde jardín en medio de la maleza”. Allí, él dijo:

Los jardines están impregnados con las fragancias de las flores y los brotes en los árboles de duraznos, chabacanos y ciruelas brillan en el aire puro. El agua clara de la acequia que viene de la ladera, fluye en las cunetas en los cruces de las calles. Las prolijas residencias de ladrillo rojo se encuentran situadas entre viñedos y árboles de peras...En la parte inferior, los verdes plantíos de alfalfa contrastan con el café de las cumbres montañosas que los cubren con su sombra. En diez años, los mormones han extraído de este valle suficiente riqueza para obtener independencia.

La colonia capital es un bello pueblo comparable a cualquiera en Nueva Inglaterra. Por

doquier hay evidencia de buena economía, limpieza, industria, comodidad y buena administración. Existe ausencia de vicios comunes propios de sociedades modernas, ya que no hay bares, tiendas de tabaco, cárceles, casas de mala fama... Hay un molino, una fábrica de muebles, y otras industrias en la Colonia Juárez, así como una academia con cinco maestros y cuatrocientos alumnos. ¡Esa es la política de los mormones: construir escuelas antes que iglesias y templos!⁶

Durante los primeros veinticinco años todas las colonias recibían con frecuencia nuevos residentes, ya que hasta 1890 seguían llegando casi a diario nuevas familias que huían de Utah y Arizona debido a la intensa persecución. Después de 1890, con la mayoría de los asuntos políticos resueltos en Utah y las colonias visiblemente prósperas, la gente seguía llegando, ahora más por razones económicas que políticas.

En sus tratos con los colonizadores mormones, la administradora de fincas de la Iglesia, “*The Mexican Colonization and Agricultural Company*” (Compañía de Agricultura y Colonización Mexicana), empezó a cambiar de un concepto de propiedad comunitaria a un capitalismo de sector privado.

En 1895 se organizó una estaca de la Iglesia, con su centro de la misma en la Colonia Juárez, se construyeron nuevas escuelas, más una imponente academia, en su mayoría con los recursos económicos y estructurales de los mismos colonizadores.

En los primeros años de las colonias se observaron sólo dos grandes excepciones en el sistema de desarrollo económico y aislamiento social que los santos angloamericanos se habían autoimpuesto. Quizá,



Edificio principal de la Academia de la Estaca Juárez. Se fundó en 1897 por colonos SUD en Chihuahua

Fotografía cortesía de www.academiajuarez.org

dadas las circunstancias, esas excepciones fueran vaticinadas desde el principio a fracasar. Una de ellas tenía que ver con los santos que habían decidido permanecer cerca de la Ciudad de México, dejando pendiente una conveniente oportunidad de colonizar en el norte cerca del resto de los mormones. La otra excepción tenía que ver con Wovoka, Sitting Bull, Shivitts y otros profetas indios que hablaron otra vez de recientes y espectaculares manifestaciones celestiales entre varias tribus indias. Esto era una señal para los santos de que debían renovar sus esfuerzos en bien de los lamanitas, sin importar la oposición.

Tanto el esfuerzo de colonización como el trabajo renovado con los lamanitas fueron completamente consistentes con las metas a largo plazo que tenía la Iglesia para México y toda Latinoamérica. Por lo tanto, cuando los pioneros del norte de México y sus familias tuvieron un mínimo de seguridad, empezaron otra vez a perseguir sus metas más nobles.

La colonización mexicana en el norte

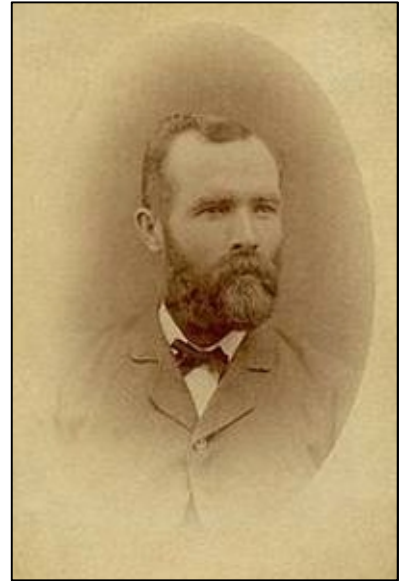
En 1887, cuando todavía algunos de los mormones angloamericanos vivían en tiendas y otros en cuevas hechas a la orilla del Río Piedras Verdes, empezaron a llegar algunos de los santos mexicanos. Casi todos estaban convencidos de que estos miembros de la Iglesia debían congregarse también. Puesto que el gobierno mexicano quería que los propios nacionales colonizaran el norte (el gobierno había solicitado a los grupos colonizadores que apartaran tierras para los nativos mexicanos, pero nunca había insistido en que les facilitaran la colonización), los tiempos eran adecuados para unir economías y creencias SUD.

El gobierno mexicano facilitaría a la administradora de fincas de la Iglesia (Colonization and Agricultural Company), la adquisición de tierra adicional y pagaría por algunos gastos para la

reubicación de los santos mexicanos, mientras que los mormones ya establecidos darían ayuda organizacional y logística.

Helaman Pratt, el presidente de misión en el centro de México de 1884 a 1887 dijo: “Se han comprado terrenos, pastizales y madera suficientes para sostener a cientos del pueblo de Dios; que éste sea un lugar de recogimiento para los santos nativos, para que puedan ser liberados a través de los principios del Evangelio eterno, siendo uno de ellos precisamente el de recogimiento”. Pratt también previó algunos problemas potenciales que, para el entendimiento actual, podrían ser interpretados como étnicamente paternalista:

Lo más difícil de mi labor misional está todavía por venir; esto es, cuidar y procurar ayuda a los santos nativos una vez que se hayan congregado. Las costumbres y modales de las dos razas son muy diferentes y con los malos entendidos que naturalmente habrá, se requerirá de un cuidado constante y prudente para prevenir que haya conflictos. Pero espero tener éxito con el favor de Dios y la paciente ayuda de nuestros hermanos y hermanas, ya que ésta es una misión que nos involucra a todos, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres; y Dios, en mi opinión, ha hecho venir a algunos de sus mejores santos hasta acá para que ayuden en la redención de Su pueblo caído⁷.



Helaman Pratt, uno de los misioneros originales a México en 1876, fue el presidente de la misión mexicana a partir de 1884 hasta 1887

Fotografía cortesía de Wikipedia the Free Encyclopedia

Las autoridades mexicanas parecían complacidas acerca de todo este asunto. El secretario de colonización, Manuel Fernández Leal, prometió visitar la nueva colonia. Aparecieron en la prensa de la ciudad de México comentarios favorables sobre las colonias establecidas, tanto en español y francés como en inglés; el *Two Republics* publicó algo de esto, en un sustancial cambio en relación con su anterior postura antimormona⁸.

Mientras seguían invitando a los santos nativos a reunirse con ellos, los hermanos y hermanas del norte hacían arreglos para completar la compleja organización relacionada con su llegada. Los mormones de las colonias compraron para los miembros de México cerca de cuatro mil ochocientas hectáreas de tierra (cultivable, pero que también incluían pastizales, combustible y madera suficiente para setenta y cinco familias). Es más, finalmente consiguieron las escrituras de veinte mil hectáreas de tierra cerca de Asunción, que tenían pendientes. Al mismo tiempo andaban atendiendo otros asuntos, entre ellos: la organización de un pueblo en Juárez, obtener la anuencia para colonizar las tierras que habían comprado en Corrales, buscar el permiso para abrir y construir un camino de peaje de Juárez a Corrales y hasta Sonora, y hacer trámites para extender el servicio de correos a todos los pueblos mormones (lo que les requeriría crear oficinas postales y las vacantes para su atención). Pero ante todo, se estaban preparando para recibir en las colonias a la primera compañía de mormones nativos.

“Se espera que la primera reunión de santos nativos que provienen de la Ciudad de México sea a mediados de mayo”, decía un corresponsal en el diario *Herald* publicado en Salt Lake City el 24 de abril de 1887. Se esperaba que llegaran por tren a la estación de San José (con el pasaje pagado por el gobierno federal). Los hermanos los recogerían allí y los llevarían en carretas al lugar de reunión de los santos.

No fue una colonización exitosa. Henry Eyring registró en su diario: “una compañía de nuestros hermanas y hermanos mexicanos llegaron en mayo de 1887 del sur de México. Después

de una corta estadía, la mayoría de ellos quedó insatisfecha”⁹. Los registros no mencionan cuántos llegaron, o qué recursos o expectativas tenían. ¿Nacieron niños en el trayecto? ¿Viajaron familias completas? ¿Los viajeros eran jóvenes o de edad avanzada, diestros o no especializados? ¿Qué tipo de sacrificios, dificultades o privaciones tuvieron?

Lo que sí sabemos es que varios sucesos impactantes esperaban a los santos mexicanos en la Colonia Juárez y sus alrededores; por ejemplo, fuesen las que fuesen sus condiciones de vida en México central, aquellas en el norte eran sin duda más severas. En 1887, los mormones angloamericanos todavía batallaban por su nueva vida en el territorio semiárido; sus colonias eran recientes y todavía no prosperaban. Los primeros santos de Utah y Arizona, habiéndose establecido en una tierra que más tarde se supo pertenecía a una hacienda, se vieron obligados a reubicarse en un valle rocoso y angosto.

En ese valle (ahora la Colonia Juárez), los santos mexicanos pudieron ver a muchos de sus hermanos angloamericanos viviendo en precarias tiendas y refugios subterráneos a lo largo del Río Piedras Verdes, y esto es lo que les esperaba a ellos también, por lo menos hasta que pudieran establecerse. No era un edén a donde habían llegado, ni tampoco tenían la certeza de poder adquirir tierras. Al parecer algunos de ellos tenían ideales comunitarios, y muchos estaban acostumbrados al antiguo sistema de agricultura ejidal (la tenencia de tierras en común para el beneficio de un pueblo entero). Sin embargo, cuando vivieran con los mormones norteamericanos ¿quién podría tomar decisiones en relación con propiedades en común, si es que las hubiera?

La Compañía de Agricultura y Colonización de la Iglesia operaba en esos días de acuerdo con la teoría de tenencia de tierras que los Santos de los Últimos Días llamaban *mayordomía*; consistía en comprar tierras con los fondos de la compañía, después ésta arrendaba lotes a los miembros que tenían buena reputación y les permitían ocuparlos y utilizar las tierras, con tal de que lo hicieran adecuadamente. Sin embargo, para 1887 los inmigrantes de 1885 ya habían arrendado las mejores tierras. Con justa razón, los mexicanos se preguntaban si encontrarían seguridad y prosperidad en su nuevo hogar.

Había otro problema para los santos mexicanos tan severo como las condiciones hostiles y la inseguridad de la tenencia de tierras. Era algo de lo que Helaman Pratt ya se había preocupado: las diferencias étnicas que dividían a los dos grupos de Santos; esto es, diferencia de idiomas, costumbres ancestrales, lo que esperaban de la vida, placeres y alegrías (todas éstas eran aparentes y naturales). Pero también había un elemento restringido dentro de la condescendencia angloamericana. Se había convencido a los santos angloamericanos de que necesitaban hacer proselitismo entre los nativos a través de la colonización. Eso pudo no haber sido tan ofensivo, ya que muchos miembros mexicanos sentían la misma necesidad de colonizar, si no fuera porque el asunto se agravó cuando se hizo obvio que estos últimos eran necesarios para validar las concesiones de las tierras.

Algunos de estos sentimientos angloamericanos que no tenían la intención de ofender llegaron a nosotros casi intactos a través de una nieta de Henry Eyring. Ella sentía que la mayoría de los mexicanos que se habían unido a la Iglesia hasta 1887 eran pobres porque “no vivían de acuerdo con la idea mormona de industria y frugalidad... así que los trajeron a Juárez;

pero en lugar de imitar las costumbres de sus hermanos blancos, querían comer sin trabajar por la comida. La gran mayoría de estas personas dejó la Iglesia y regresó a sus antiguos hogares y costumbres, contando historias exageradas de drama y desilusión y después se pudo hacer poco entre los miembros de la misión mexicana. Casi todos ellos [los miembros del centro de México] creyeron en estas falsas historias acerca de nuestra colonia, y como resultado hubo resentimiento.... No había forma de que hubiera nuevos conversos. La misión de mi abuelo (1887-1888 cuando Eyring fue presidente de misión en la Ciudad de México), no fue satisfactoria en relación a las conversiones”¹⁰.

Aun Rey L. Pratt, un presidente de misión a quien los mexicanos amaban (sirvió de 1907 a 1931), pudo haber sido mal entendido al tratar de ser condescendiente, mientras daba a conocer el mejor lado de los miembros mexicanos:

Algunos pensaron que ellos no estaban bien convertidos al dar la espalda tan pronto a Sion y regresar a sus hogares, pero cuando se está familiarizado con todas las condiciones, no parece tan extraño. Eran personas que venían, algunos de un clima tropical, y otros del inigualable clima primaveral del Valle de México. Ciertamente es que en sus lugares de origen eran pobres, pero con sólo unos centavos podían comprar en los mercados a diario lo que necesitaban. Tenían casas donde vivir, aunque en algunos casos sólo fueran de carrizo y con piso de tierra, pero era el lugar en donde habían nacido y en la que sus padres habían vivido, y no tenían el concepto de construir una nueva. Nunca habían pensado en construir algo especial para el invierno. Sólo imaginen a tales personas llevadas a un lugar como lo era la Colonia Juárez en los primeros días, y en invierno, donde no había chozas, ni zanjas, ni bardas, y sobre todo sin la *plaza* o ni siquiera una tienda en donde comprar, y vean si pueden ustedes imaginar por qué se desanimaron¹¹.

Aparte de las condiciones adversas del medio ambiente y las tensas relaciones étnicas, había otro problema: los miembros mexicanos no tenían que preocuparse por la persecución como los angloamericanos ya que ellos podían regresar a casa, tal vez siendo criticados por la sociedad, pero eran su pueblo. Sin embargo, los angloamericanos podrían regresar a su país sólo con el dolor de la prisión o la pérdida de su vida familiar. Dadas estas condiciones, los motivos de éstos últimos para abrazarse a las colonias eran mayores que los de los mexicanos.

Con el paso de los meses, la mayoría de los miembros mexicanos se habían regresado al centro de su país, muchos de ellos incluso haciendo a pie el recorrido que les llevaba tres meses. Sólo unas cuantas familias permanecieron en la Colonia Juárez por cuatro o cinco años, pero eventualmente, todos, salvo dos o tres familias regresaron a sus poblados de origen¹².

Aun así, la idea de predicar a través de la colonización continuó. Sólo algunos olvidaron lo dicho por Brigham Young al Quórum de los Doce Apóstoles cuando consideró por primera vez la colonización del “sur lejano” (Arizona): “Formaremos una línea de asentamientos que se dirija a Sudamérica, pero ésta será la piedra angular”¹³. Por lo tanto, en 1904 los mormones quisieron colonizar en Guatemala y el presidente de la misión mexicana, H. S. Harris, viajó a Sudamérica en 1906 para buscar nuevas oportunidades de colonización¹⁴.

Proselitismo entre los lamanitas

La segunda excepción del modelo que los colonizadores angloamericanos tenían en cuanto al desarrollo económico y aislamiento cultural y social ocurrió también en 1887. En noviembre, las autoridades de la Iglesia le pidieron a Charles Edmund Richardson de la Colonia Díaz y a otros tres (Ammon M. Tenney, Peter J. Christopherson y Gilbert D. Greer) hacer nuevamente el intento entre los nativos sonorenses y, si había oportunidad, también trabajarían entre los indios en Arizona. Había un gran fervor religioso entre los indios del oeste americano, por lo que el presidente Wilford Woodruff, quien sucedió a John Taylor, se sintió inspirado de volver a intentarlo en México.

Se puede entender mejor la decisión del presidente Woodruff dentro del siguiente contexto: Los nativos habían estado constantemente dando información a los santos sobre visiones celestiales que un nativo llamado Moroni y otros jefes nativos como Wovoka decían que habían recibido. No sólo los santos les enviaron emisarios a aquellos, sino también delegaciones indias vinieron a los mormones provenientes de las Grandes Planicies y las Montañas Rocallosas.

Con la motivación surgida de este despertar espiritual de los nativos, los líderes de la Iglesia intensificaron los esfuerzos por llevarles el evangelio, incrementando el número de misioneros entre ellos, incluso asignando a los apóstoles a encabezar el trabajo¹⁵. Los santos enseñaron la agricultura a los indios de los valles de Malad, Thistle, Ruby y Grass en Idaho y en Deep Creek, Nevada. En Utah, establecieron por lo menos una comunidad agrícola en Indianola. Establecieron el modelo de cultivo a un costado de las reservas de Wind River, Fort Hall y Umatilla; también crearon ramas de la Iglesia entre los nativos y enviaron publicaciones oficiales alentando a los mormones angloamericanos a reflexionar sobre la importancia de las manifestaciones, visiones y bautismos de los lamanitas. Por último, los santos trataron de preparar a éstos, sus hermanos, para su llamamiento profético de construir un templo en la Nueva Jerusalén, al llevarlos a los templos de Utah donde recibieron el sagrado rito de la investidura. Miles se unieron a la Iglesia.



Wovoka tenía muchos contactos con los mormones.

Fotografía cortesía de Robert A. Toledo, "Wovoka: The Paiute Messiah," viewzone2.com/wovokax/html

Al incrementar su trabajo entre los nativos, muchos santos realmente creyeron que estaban trabajando a la par con los tres antiguos profetas nefitas inmortales del Libro de Mormón, cuya identidad y significado fueron explicados por el acreditado teólogo y apóstol Orson Pratt:

El Señor hizo una promesa a estos tres (nefitas) respecto a que ellos administrarían, como santos mensajeros, en los últimos días, por y a favor del remanente de la casa de Israel que caería en una condición baja y degradada, a consecuencia de la gran iniquidad y apostasía de sus antepasados; que serían instrumentos en Sus manos al traer este remanente al conocimiento de la verdad. Escuchamos que estos misioneros han venido, no sólo una, sino en varias ocasiones. Hasta ahora hemos escuchado de unos mil cuatrocientos indios (en el sur de Utah y norte de Arizona), y no tengo conocimiento de más, que hayan sido bautizados. Si les preguntan por qué han venido de tantos cientos de millas lejanas a buscar a los élderes de Israel, ellos contestarán que “una persona vino a nosotros, nos habló en nuestro idioma, nos instruyó y nos dijo qué hacer, y hemos venido para poder cumplir con esos requisitos”¹⁶.

Tan notorio era el intercambio entre mormones e indios que muchos ciudadanos de los Estados Unidos condenaron a los santos por iniciar una “moda mesiánica” entre aquellos. Por ejemplo, justo semanas antes de que el ejército de los Estados Unidos masacrara infamemente a los indios en Wounded Knee, Dakota del Sur, el general Nelson A. Miles dijo: “Creo que los mormones son los principales protagonistas en todo esto [the Ghost Dance Craze]. Probablemente no resulte en un gran movimiento, pero cuando un pueblo ignorante llega al fanatismo religioso, es difícil predecir lo que hará”¹⁷.

A pesar de los desastres de la colonización, la persecución y la legislación federal antimormona, la Iglesia simplemente no estaba dispuesta a detener su trabajo entre los lamanitas. En enero de 1888 Ammon M. Tenney, el líder del nuevo grupo misional, llegó con sus compañeros al Valle del Río Salado en Arizona (donde la compañía de Daniel W. Jones había colonizado en 1877). Buscaron a Encarnación Valenzuela, uno de los primeros miembros nativos, y lo volvieron a bautizar para renovar sus convenios¹⁸. Él, junto con un hermano llamado Cheroquis, fueron comisionados para trabajar en la misión india de Sonora, donde los dos sirvieron como intérpretes y como misioneros, por lo menos mientras el grupo estuvo entre los indios pima.

El grupo se dirigió hacia el sur, predicando a los nativos, bautizando a algunos de ellos, y percatándose de varios milagros que ocurrieron en el camino. Cuando llegaron a México, predicaron y bautizaron entre los indios pápagos.

Aun así el presidente Wilford Woodruff estaba preocupado: dedicarse a los lamanitas y bautizarlos no era suficiente. Se tenía que organizar la Iglesia entre ellos, y esto no sería posible a menos que los nativos se pudieran congregar en una comunidad de santos. La carta del Presidente Woodruff a Tenney, escrita en la primavera de 1888, da fe de esto. La cito completa ya que trata numerosos puntos de importancia para los santos de aquellos días.

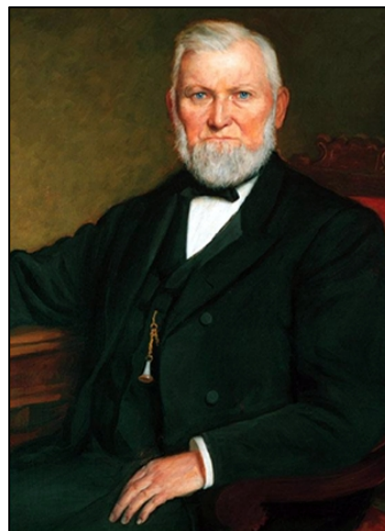
Queridos hermanos:

El tema de su misión entre los lamanitas y las recomendaciones que habéis hecho en relación con el progreso de su condición temporal ha sido puesto bajo cuidadosa consideración por el Consejo de los Doce.

Estamos deseosos de hacer todo lo que esté a nuestro alcance para redimir a estos descendientes de la casa de Israel de su actual estado caído, e impartirles el conocimiento correcto de los principios del Evangelio, y aquellas artes de verdadera civilización, las cuales les restaurarán el favor del Señor y harán que se cumplan los convenios que Él ha hecho concerniente a ellos. Pareciera que rápidamente se acerca el tiempo en que el Evangelio sea tomado de los gentiles y llevado a la casa de Israel. Nos llena de gozo su éxito reciente al bautizar a esta gente y nos regocijamos por los futuros prospectos, pero como ya se os ha dicho en comunicados anteriores, se debe dar seguimiento a esta obra a través de un esfuerzo sistemático, completa organización y labores continuas de los hombres experimentados que están entre ellos. Siendo justos con ellos y con las responsabilidades que descansan sobre nosotros, no podemos dejarlos en las condiciones en que los habéis encontrado. El bautismo está muy bien, y es de suma importancia, pero hay mucho más que se requiere hacer para liberarnos de la responsabilidad que tenemos ante Dios en relación con estas personas. Deben ser reclamadas. En vista de todas estas consideraciones el Consejo de los Apóstoles ha decidido que ustedes que ahora se encuentran trabajando entre los indios pápagos en Arizona sean instruidos para encontrar un lugar adecuado para el recogimiento de los lamanitas conversos, un lugar donde se pueda almacenar agua en represas contiguas a porciones de tierra fértil; y que se disponga de mil dólares (\$1,000) provenientes del diezmo de las estacas de Maricopa y San José para que sean utilizados bajo la dirección de la presidencia de la estaca Maricopa y el hermano A.M. Tenney. Se ha enviado hoy la orden del dinero en una carta dirigida al Presidente Robson y sus consejeros. También se ha decidido que debemos sugerir que las presidencias de las estacas Maricopa y San José elijan a cuatro hombres jóvenes que sean apropiados para trabajar con el hermano A.M. Tenney y su grupo de hermanos entre los pápagos. Estos hermanos deberán prepararse aprendiendo el idioma pima para las labores misionales entre ese pueblo. Para que esto se pueda llevar a cabo, se les deberá dar ayuda financiera que no exceda de \$250 anuales a cada uno de estos hombres y que provenga del diezmo de dichas estacas. Confiamos en que esta acción será atendida con el mejor de los efectos. Sentimos que es de suma importancia que los hombres adquieran el idioma de las tribus entre las cuales van a trabajar porque ya se han ustedes percatado de lo inconveniente que es comunicar sus ideas a las personas por medio de un intérprete. No podemos esperar resultados permanentes de un carácter satisfactorio como resultado de ministerio de hombres que están limitados por el deseo de conocimiento del idioma de quienes enseñan.

Confiamos que el Espíritu del Señor descansará sobre aquellos jóvenes y que se dedicarán con todas sus energías a aprender este importante idioma. En el caso de ustedes, que ya entienden el español, sentimos que no es apropiado que se les requiera que se dediquen a aprender este idioma ya que no tenemos duda que tendrán oportunidades en abundancia para ejercer su habilidad entre los pueblos que lo hablan. Por el momento consideramos que es mejor para ustedes continuar sus labores entre este pueblo, hasta que se abra la puerta y hasta que alguien más pueda cuidar de ellos y relevarlos para que ustedes puedan ir a otro sitio.

Esperando que esta acción pueda encontrar una aceptación con agrado y que los resulta-



El presidente Wilford Woodruff

dos puedan ser los que todos esperamos, y orando al Señor para que os bendiga en vuestras labores y os proteja de todo mal, quedo de vosotros

Vuestro hermano,
W. Woodruff
Gilbert D. Greer, Registrador¹⁹

Sólo para darnos una idea, uno puede reflexionar que en 1888 un buen carpintero ganaba un dólar americano por día; así que dos mil dólares equivalían a mil días-hombre de trabajo especializado, o quizás el equivalente del 100.000 a 200.000 dólares americanos en 2012 (1.300.000 a 2.600.000 pesos nuevos mexicanos) ; Todo proveniente del diezmo de dos estacas!

A pesar de esto, el proyecto entero se desarrollaba en tiempos difíciles. En enero de 1889, justo antes de que el Manifiesto entrara en vigor, el presidente Woodruff relevó al hermano Tenney de su misión y le aconsejó que no volviera a su hogar en San Juan, Arizona y que mejor se uniera a los otros santos en las colonias de Chihuahua. La colonización y la predicación a los lamanitas tanto en el norte como en el sur de México se habían colapsado, esto, como un resultado más de las tensas relaciones Iglesia-estado en el Territorio de Utah.

Todos los santos en México sintieron el impacto de estos fracasos. Por ejemplo, muchos de los miembros mexicanos que habían intentado la colonización regresaron a sus hogares en el centro del país, encontrándose muy desilusionados; incluso resentidos; de lo que habían experimentado y de allí en adelante el éxito misional en México central decayó notoriamente. Los misioneros atribuyeron esto a los santos descontentos de Juárez.

Había otros factores desalentadores en el centro de México. En primer lugar, y como consecuencia de las tensiones políticas y liberales que surgieron de prolongadas y generalizadas controversias religiosas, que también fueron un legado de Benito Juárez y La Reforma, había un gran sentimiento procatólico en los centros urbanos del país.

En las nuevas políticas del *Pofiriato* que el presidente Porfirio Díaz lanzó después de 1876, los ricos urbanos se aferraron fuertemente al catolicismo y sus tradiciones. El aceptar otra religión en esos días en la Ciudad de México y los alrededores urbanos equivalía a enfrentar al mismo ángel destructor que había aplastado La Reforma y la oposición política liberal que había enfrentado a Díaz. Por lo tanto, para la gente pobre que vivía en las ciudades el asunto era práctico: la pobreza los hacía vulnerables; podrían ser despedidos de sus trabajos o económicamente aislados. Tradicionalmente el mormonismo atraía primero a los pobres. Todos estos elementos hicieron más difícil la obra para los misioneros en México central.

Aunque los funcionarios del régimen de Díaz veían con agrado a los mormones angloamericanos, no fue tanto por su mensaje religioso sino por sus esfuerzos por colonizar el norte y su potencial económico que favorecía al país; la aprobación que el gobierno les otorgó para que realizaran sus actividades colonizadoras no facilitó para nada la obra misional en el centro del país. Sin embargo, sí ayudó para que los misioneros no fueran expulsados de México.

Cuando los misioneros se percataron que su mensaje no era bien recibido en la ciudad, fueron a los pueblos pequeños que la rodeaban y allí se encontraron con cierto éxito que les animó. Sin embargo, allí el clima y la enfermedad representaron otros problemas: la fiebre amarilla, la fiebre tifoidea y la viruela, que le quitaron la vida a Feramorz L. Young, Sylvester O. Collett y Elmer Hooks (y, en 1904, al apóstol A. O. Woodruff y su esposa Helen, quienes estaban de gira por la misión en el centro de México). Aun en los locales agrarios había apatía espiritual entre muchas personas, lo cual era otro problema para enfrentar.

Para 1888, era tal la desilusión por mantener los esfuerzos de la Iglesia en el centro de

México que se consideró cerrar la misión. Dadas las presiones económicas en Utah y la lucha final de la Iglesia con el gobierno de los Estados Unidos, finalmente así fue, por lo que en 1888 se relevó a un devastado Henry Eyring como presidente de misión para que regresara a la Colonia Juárez. Un mes más tarde, se canceló la misión india para Sonora, y finalmente el 3 de junio de 1889 todos los misioneros fueron retirados y la misión mexicana se cerró. Los 241 santos del centro de México y los más de cuarenta miembros nativos del norte fueron dejados solos y se tuvieron que cuidar lo mejor que pudieron.

La Iglesia estaba ahora en bancarrota, sus líderes escondidos y su jerarquía amenazada con inminente destrucción. Después de algunos meses que los misioneros fueron retirados del centro de México el presidente Wilford Woodruff hizo público el Manifiesto de 1890. De allí en adelante, la Iglesia intentó reconstruirse, ocuparse de familias deshechas y posicionarse en un ambiente estadounidense hostil. Pero del trabajo de la Iglesia en México ya no quedaba nada.

No sabemos qué pasó con los miembros nativos que se habían convertido en el norte. De la obra en el sur, se sabe que algunas ramas ubicadas en los alrededores de la Ciudad de México se deshicieron cuando sus miembros se dispersaron; otras formaron “sociedades religiosas independientes” y trataron de vivir de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia. Sin embargo, algunos, animados por el Libro de Mormón, permanecieron leales a la Iglesia durante los trece años que ésta no estuvo aquí (los élderes no regresaron hasta 1901)²⁰.

No es poca cosa convertir a más de trescientas personas y después abandonarlas, ni tampoco es fácil ser convertido a una fe y ser abandonado. Pero a pesar del desánimo de los misioneros y la desilusión de los nuevos conversos, eran tales los problemas en Utah que los esfuerzos misionales en México tuvieron que esperar por un tiempo.

Con todo esto, las colonias angloamericanas en el norte de México permanecieron intactas. En esas colonias prevalecía un curioso patriotismo; una reverencia y casi adoración por la bandera estadounidense. A pesar de la persecución en Estados Unidos, muchos padres se habían preocupado de que sus hijos estuvieran en una tierra extraña; bajo otra bandera donde la gente hablaba un idioma diferente; y se preguntaban qué efecto tendrían estas circunstancias. Cuando comenzó el siglo veinte, los mormones angloamericanos en México eran una comunidad económicamente exitosa pero culturalmente aislada, una comunidad que no estaba segura de cuál era su misión ahora que los problemas políticos en Utah se habían aminorado y que sus esfuerzos misionales habían sido frustrados.



Antiguo Hotel Harper en Colonia Juárez, actualmente hogar de Rita Skousen Johnson, madre del Presidente de Área México (2012) Daniel L. Johnson

Fotografía cortesía de LaVon Brown Whetten

Pronto los colonizadores encontraron su respuesta: regresar a lo que hubiera sido de no ser por el gobierno de los Estados Unidos. Así que una vez más los santos empezaron a predicar entre los de la casa de Israel. Alguien recordó las ramas que habían sido abandonadas alrededor de la Ciudad de México en 1889. ¿No debería la Iglesia volver a intentarlo? El año 1901 parecía un buen año para averiguarlo. Los miembros de las colonias del norte nuevamente mandaron misioneros al sur.

Todavía habría tiempos de tribulación; llegó la revolución de 1910 con sus diversos movimientos socialistas, liberales, anarquistas, populistas y agraristas así como la Guerra Cristera de 1926 a 1929 que ocasionaron el retiro de misioneros del centro de México. Sin embargo, cuando las condiciones lo permitían, los santos de las co-

lonias en Chihuahua y Sonora seguían mandando al sur a sus hijos y a expertos administradores para favorecer la causa de la diseminación del evangelio entre los mexicanos.

Los hijos de los colonizadores y sus descendientes, mexicanos por haber nacido en el territorio mexicano, bilingües y educados, completamente empapados en la fe mormona, moldeados por sus tribulaciones, han enviado cientos y cientos de misioneros, líderes eclesiásticos y administradores que han fundado escuelas de la Iglesia (aun el famoso Centro Escolar Benemérito de las Américas), y han servido como presidentes de misión, presidentes del templo y aun presidentes de Área en México. En una base per cápita, o aun en términos globales, es poco probable que uno encuentre un pueblo que haya hecho tanto por la Iglesia como lo han hecho los santos de las colonias angloamericanas de Chihuahua y Sonora. En un territorio donde ahora viven más de un millón de mormones, un sentido de justicia y gratitud nos permite recordar la contribución que esta gente ha hecho con este esfuerzo tan extraordinario.



Colonia Juárez hacia 2005 que a la derecha muestra la Academia de la Estaca Juárez y el templo en el centro. El templo sirve a miles de miembros en esta área de Chihuahua. En 2012 sólo cerca de 200 descendientes de los primeros colonos permanecen en Colonia Juárez

Fotografía cortesía de LaVon Brown Whetten

¹John H. Krenkel, ed., *The Life and Times of Joseph Fish, Mormon Pioneer, Autobiography* [*La vida y los tiempos de Joseph Fish, pionero mormón, autobiografía*] (Danville, Ill, Interstate Printers, 1970), 285.

²Blaine Carmon Hardy, "Cultural 'Encystment' as a Cause of the Mormon Exodus from Mexico" ["'Enquistamiento' cultural como causa del éxodo mormón de México en 1912"], *Pacific Historical Review* 34 (November 1965), 443.

³Como lo reportó Lebra N. Foremaster en Kate B. Carter, comp., "The Mormons in Mexico", ["Los mormones en México"] en *Treasures of Pioneer History* (Salt Lake City: Daughters of the Utah Pioneers, 1954), 3:209

⁴Eunice Stewart Harris, "Autobiography", manuscrito, archivos de la Iglesia SUD, Salt Lake City, Utah, 26. Ver también "Autobiographical Sketch of Eunice Stewart Harris (esposa de Denison Emer Harris) ["Bosquejo Autobiográfico de Eunice Stewart Harris] escrito por ella en 1932", para una redacción un poco diferente.

⁵Ver Krenkel, ed., *Life and Times of Joseph Fish* [*La vida y los tiempos de Joseph Fish*].

⁶Charles W. Kindrich, "The Mormons in Mexico" ["Los mormones en México"], *Review of Reviews* 19 (Junio 1899), 704.

⁷De Helamán Pratt a su hermano Parley, citado en el *Journal History of the Church* [Diario Histórico de la Iglesia] (LDS Church Archives, Salt Lake City, Utah), el 6 de febrero de 1887.

⁸Ver *Journal History*, 13 de abril de 1887, 4.

⁹Henry Eyring, Diario, 1835-1902, Colecciones Especiales, Biblioteca Harold B. Lee, Universidad de Brigham Young, Provo, Utah, 64.

¹⁰Beatrice Snow Winsor, en Carter, "The Mormons in Mexico" [Los mormones en México], 3:204.

¹¹Rey L. Pratt, "History of the Mexican Mission" [La historia de la misión mexicana], *Improvement Era* 15 (1911-1912): 491-492

¹²*ibid.*

¹³Sullivan Calvin Richardson, "Autobiography", Mecanografiado, archivos de la Iglesia SUD, Salt Lake City, Utah.

¹⁴Rey L. Pratt, "History of the Mexican Mission" [La historia de la misión mexicana] 497.

¹⁵Lawrence G. Coates, "The Mormons, the Ghost Dance Craze, and the Massacre at Wounded Knee," documento presentado en la reunión de la Asociación de Historia Mormona en Rapid City, Dakota del Sur en septiembre de 1974, 11-12. Ver también Coates, "The Mormons and the Ghost Dance", *Dialogue* 18:4 (invierno de 1985), 90-111.

¹⁶*Journal of Discourses*, 17:299-300; ver también 18:21-22.

¹⁷Citado por Lawrence G. Coates, "The Mormons and the Ghost Dance", 91.

¹⁸La práctica de volver a bautizar para obtener bendiciones espirituales y físicas específicas, era común en los primeros días de la Iglesia.

¹⁹Carta de Wilford Woodruff al Elder A.M. Tenney y sus compañeros misioneros, 10 de abril de 1888, citada en *Manuscript History of the Mexican Mission* [la Historia Manuscrita de la Misión Mexicana].

²⁰Rey L. Pratt, "History of the Mexican Mission" ["La historia de la misión mexicana], 493.

Nota de archivo

Traducción del texto por Laura Olgún Herrera

Editado por Ricardo Cruz Orozco

Traducción de las leyendas de las fotografías por Viridiana Morales